

El exilio en Cuba

«De hecho es Cuba uno de los lugares por los que más intelectuales refugiados pasan: algunos eligen la isla como lugar de residencia», nos dice Aurora de Albornoz en su artículo «Poesía de la España peregrina», publicado en el tomo IV de *El exilio español de 1939* (Taurus, 1976).

Y en efecto, así es. Cuba se encuentra entre los países del continente americano que con mayor cordialidad acogen al exilio español republicano. Y en Cuba se da la paradoja de que en esos años (1936-1939) Batista ejerce su dictadura tras una aparente cobertura democrática. Es él, desde la jefatura del ejército, quien viene poniendo y quitando gobiernos desde 1933. Y se da también el contrasentido de que el Partido Comunista, que lo combatiera cuando se adueñó del poder tras la caída de Machado, empieza ahora a apoyarlo, a ser su secuaz, su aliado, al punto de que cuando en 1940 ascienda a la presidencia mediante unas elecciones fraudulentas, un destacado miembro de la cúpula comunista, Carlos Rafael Rodríguez, será ministro de su gobierno. Una «aventura de la dialéctica», acudiendo a Merleau-Ponty, o, más prosaicamente, otra de esas tortuosas cabriolas políticas que caracterizaron al PC cubano.

Si mencionamos este hecho es porque el comunismo cubano, en solidaridad con el español y con la Unión Soviética, hizo campaña activa de agitación a favor de la República española.

El ciervo herido

Llevados por la resaca de la guerra civil por Cuba pasan, o se establecen allí, entre otros, Juan Ramón Jiménez, María Zambrano, Gustavo Pittaluga, Juan Chabás, Herminio Almendros, Ángel Lázaro, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, Álvaro Custodio, María Enciso, J. L. Santullano... De los políticos, Santiago Carrillo visita el país y Fernando Claudín y Santiago Álvarez se radican en él.

Valorando la actividad de Juan Ramón en esos difíciles años del exilio, Aurora de Albornoz comenta también: «De Washington pasará a Cuba: escribirá artículos, dará conferencias, hará declaraciones políticas, será un portavoz —desde La Habana— de la España democrática».

Describe así el medio que Juan Ramón encuentra en la isla: «Verdad es que en La Habana Juan Ramón no estaba solo. Halla allí un buen ambiente. El poeta Ángel Lázaro —enviado en misión cultural en los primeros años de la guerra— y otros españoles y cubanos animan buen número de centros políticos y culturales en la capital cubana». Digamos que Ángel Lázaro fue hasta su muerte un colaborador constante de una

de las revistas más populares de Cuba, *Carteles*, de cuyo equipo de redacción formaba parte, junto con Antonio Ortega, otro exiliado español a cuya vera empezó a trabajar Guillermo Cabrera Infante, primero como secretario de él y luego como crítico cinematográfico, convirtiendo esta sección en una de las más notables de la revista.

«En Cuba vivieron varios años», continúa Aurora de Albornoz, «Manuel Altolaguirre y Concha Méndez. Altolaguirre desarrolló en La Habana una importante labor editorial: tuvo varias imprentas; creó inolvidables colecciones de poesía. En la espléndida colección 'El ciervo herido' (entre paréntesis, posiblemente el nombre fue tomado de uno de los *Versos sencillos* de Martí, que dice: 'mi verso es un ciervo herido/ que busca en el monte amparo') publicó libros notables. Así, uno suyo, *Nube temporal* (1940), que contiene poesía anterior al exilio, junto con alguna nueva. El de Concha Méndez, *Lluvias enlazadas* (1940). El de Ángel Lázaro, *Sangre de España* (1942). Todavía en 1946, Altolaguirre, editor, en su séptima imprenta cubana (otra vez entre paréntesis: ¿la famosa La Verónica?) —según sabemos por un colofón—, edita un libro de la poetisa María Enciso: *De mar a mar*».

Otro de los intelectuales españoles de permanencia cubana a quien se refiere la Albornoz, es Juan Chabás. «Tal es el caso (de los que se radicaron en Cuba), por ejemplo, de Juan Chabás, que en Cuba vivió hasta su muerte y allí realizó gran parte de su obra: fue profesor; escribió sobre literatura; publicó alguna poesía». Añadamos que el profesorado que menciona Aurora de Albornoz es la cátedra de Literatura Española que Chabás impartió en la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba (ciudad donde murió en 1954), y el libro sobre literatura —producto posiblemente de sus clases— *Literatura Española Contemporánea, 1898-1950* (1952), publicado en La Habana que, en opinión del profesor Germán Gullón es «un utilísimo libro, que sería bueno transternar». De semejante criterio es Gonzalo Torrente Ballester, que pondera la obra por «los datos biográficos e impresiones personales del autor sobre muchos escritores que conoció y trató íntimamente, y por su conocimiento vivo de muchos episodios de la historia contemporánea».

Por su parte Manuel Andújar, en el tomo III del ya citado libro *El exilio español de 1939*, informa de una revista que los exiliados españoles editaron en Cuba: *Nuestra España*, que «dirigida por don Alvaro de Albornoz, vio la luz en La Habana, en la imprenta 'La Verónica', del poeta Manuel Altolaguirre». Vivió de octubre de 1939 a septiembre de 1940. La apreciación que Andújar hace de esta publicación es la siguiente:

»La finalidad de *Nuestra España* fue primordialmente política, con una decantación teórico-historicista, así como documental, en lo que concernía a los acaeceres relacionados, en algún aspecto, con la guerra civil. Se mantuvo fiel a estos inequívocos conceptos de su editorial de presentación.

»En el sumario del número inicial es ya notable la proporción de trabajos específicamente culturales: apuntes de Ángel Lázaro sobre «La vuelta del tesoro artístico», el artículo «Cómo murió Unamuno» y la descollante colaboración de Manuel Altolaguirre en que evidencia acendrada comprensión de Antonio Machado.

»En otras entregas, densidad, emoción y justeza de un perdurable ensayo de María Zambrano «Sobe Unamuno». Otro tanto ha de afirmarse, en tonalidad más al desgaire

e impresionista, cual corresponde, de la tipificación de «Arturo Souto/ Pintor español», que firma Rafael Suárez Solís. Grato encuentro también de la primicia «Un emigrado político», de Alvaro Pascual Leone, que nos parece se integró después en su interesante novela *Pedro Osuna*, desgraciadamente sumergida en los vaivenes del exilio. Mención requiere asimismo la crónica «El Ateneo de Madrid, de escaleras abajo», de Jenaro Artiles.»

Andújar destaca también, en el campo cultural, artículos de Alejandro Casona y Luis Amado Blanco, entre otros, y «los estudios de don Álvaro de Albornoz acerca de 'El ejército y la política'».

Llamémosle X

Álvaro Custodio fue otro teatrista, además de Rafael Suárez Solís, que colaboró con la escena cubana. Vivió en Cuba tres años y estrenó allí su obra *Llamémosle X*, que protagonizó su esposa, Isabel Richart. También en Cuba se relacionó con la actriz Amparo Villegas, a quien dirigiría en su famosa interpretación de *La Celestina*, en México. Pero Custodio desarrolló fundamentalmente una labor de crítico teatral, además de cine y de música. Durante años colaboró en el diario *Hoy*, que era el órgano del Partido Socialista Popular (comunista) pero tuvo que dejar su columna en este periódico —según se dijo entonces— por exigencias del partido debido a una crítica adversa que le hizo a una obra teatral de un dramaturgo comunista cubano. Se trasladó a México.

Herminio Almendros fue un valiosísimo pedagogo que trabajó en la educación, así como en la literatura infantil. Escribió un muy hermoso libro sobre *La Edad de Oro*, de José Martí, y estuvo al frente de las ediciones infantiles de la Imprenta Nacional de Cuba. Su hijo es el conocido cineasta Néstor Almendros, quien también permaneció años en Cuba, hasta que tuvo que abandonarla, poco tiempo después del triunfo de la revolución, por discrepancias con el dogmatismo que ya empezaban a imponer los burócratas de la cultura, en su caso los del Instituto Cubano del Cine.

Presencia de María Zambrano

A semejanza de Juan Ramón Jiménez, María Zambrano también se traslada desde los Estados Unidos —residió brevemente en Nueva York— a La Habana, a donde llega en 1939. Pronuncia una muy notable conferencia sobre Ortega y Gasset en una prestigiosa institución cultural femenina, el Lyceum, y tras unos meses de estancia en México, retorna a Cuba, reencontrando a Lezama Lima y colaborando con éste, y con el grupo de jóvenes escritores que lo rodean, en la revista *Espuela de Plata* y posteriormente en la célebre *Orígenes*. Muchos años después, en 1975, el autor de *Paradiso* recordaría así su amistad con la Zambrano. En una carta que le envía a Roma, donde ella se encuentra, en diciembre de ese año, le dice:

Desde aquellos años (en que nos veíamos con tanta frecuencia) usted está en estrecha relación con la vida de nosotros, eran años de secreta meditación y desenvuelta expresión. La veíamos con la frecuencia necesaria y nos daba la compañía que necesitábamos. Eramos tres o cuatro

personas que nos acompañábamos y nos disimulábamos la desesperación. Porque sin duda donde usted hizo más labor de amistad secreta e inteligente fue entre nosotros. De ahí empezamos ya a verla con sus ojos azules (y la sigo viendo con ese color tan español, el azul pálido de la Ascensión), que nos daban la impresión de algo sobrenatural que se hacía cotidiano. Yo recuerdo aquellos años como los mejores de mi vida.

Mas ya antes, y de modo público, Lezama había reconocido la significación que el conocimiento de María Zambrano había tenido en su persona y en su obra. Durante una entrevista que le hiciera Eugenia Neves en 1971, le manifestó:

Por aquellos años (1939) también estuvo entre nosotros otro gran espíritu inolvidable, María Zambrano. Ella escribió las admirables páginas de 'La Cuba secreta', donde estudia con gran fineza y profundidad lo que para ella era *Orígenes*.

Por su parte, María Zambrano titulaba «Hombre verdadero: José Lezama Lima» un artículo que publicara en la revista *Poesie 2*, en 1977. Y en él hacía este alto elogio del poeta cubano: «Memorizaba el verbo Lezama Lima, araña que extraía de su propia sustancia el hilo invisible...» Y en tono ya más íntimo: «Y él, que apenas respirar podía, estigma de la physis, daba respiro desde el lugar del origen».

No era la primera vez que la Zambrano elogiaba a escritores cubanos, pues en 1937 había reseñado en la publicación *Hora de España* (Valencia, núm. X, oct. 1937) la conferencia y el recital que ofrecieran en la Casa de la Cultura el ensayista Juan Marinello y el poeta Nicolás Guillén. Del primero escribió:

Marinello es conocido entre nosotros y estimado como uno de los más serios valores de la otra España. Su espíritu ha estado presente desde primera hora en nuestra tragedia, en la que participa activamente; él es de los que no se ha conformado con pensar de lejos, sino que llegó sencillamente hasta adentrarse en esta hoguera que hoy es España, penetrando en ella sin darle importancia, que es la mejor prueba de autenticidad.

Y del creador de la más lograda poesía afrocubana, recientemente fallecido:

Nicolás Guillén fue una comprobación más, voz familiar que nos parecía no recién descubierta, sino largo tiempo oída y de siempre conocida. Su *Sóngoro Cosongo* fue una revelación poética desde aquí recogida y comprendida. Así lo manifestó Manuel Altolaguirre en sus palabras de saludo, en las que recordaba su conocimiento del poeta a través de Unamuno.

Cernuda, Nieto, Pittaluga

La estancia de Luis Cernuda en Cuba fue fugaz. Sin embargo, bastó para que la amistad entre él y Lezama se estableciera. Deshaciendo una equivocada imagen de la personalidad de Cernuda, Lezama habla así de este encuentro:

Años más tarde (en la década de los cuarenta) estuvo entre nosotros el gran poeta Luis Cernuda y aunque en apariencia era áspero y retraído, con nosotros fue comunicativo y cordialísimo.

Y el aprecio que, a su vez, sentía Cernuda por la creación de Lezama, se transparenta en esta carta que le dirige desde México en 1953:

»Hace tiempo que quería escribirle y darle las gracias por el envío de *Analecta del reloj*. Su libro tan inusitado en cualquier tierra de habla española, admirable y diabólicamente hermético. Pero no es Vd. autor de lectura, no digo ya fácil, ni siquiera difícil,

sino recóndita, y exige tanto empeño y concentración como su trabajo ahincado y reconcentrado merece.

«(...) No crea, al oírme estas palabras de 'extrañeza', 'hermético', 'recóndito', en prejuicio alguno. Trato de reconocer una cualidad suya o una reacción de lector mía, nada más, sin que ello represente opinión favorable o desfavorable. Es que Vd., querido Lezama, no concede la menor ventaja, *a priori*, al lector. Y como ocurre en el poeta, sus escritos en verso y en prosa corren paralelos y el mismo pensamiento, aunque en distinto medio, se expresa en uno y en otra. No exige Vd. menos de su lector cuando le habla en versos que cuando le habla en prosa.

«No sé si decirle que prefiero los dos estudios sobre Garcilaso y sobre Góngora. Me extraña que no haya Vd. dedicado a Quevedo un ensayo más amplio, porque creo que es usted de estirpe netamente quevedesca, tan arriscado de intelecto y verbo como don Francisco».

Curiosamente ese mismo año, 1953, en que Cernuda escribe a Lezama Lima la carta que acabamos de transcribir, José García Nieto, no desde el exilio sino desde la propia España, valora con el mismo entusiasmo el libro que motivó la misiva del severo poeta sevillano:

«José Lezama Lima —expresa García Nieto—, una de las mayores autoridades con que cuenta la poesía hispanoamericana de hoy, ha escrito un libro de singular y difícil encanto: *Analecta del reloj*. Sólo una personalidad tan acusada como la de Lezama Lima podía llevar a cabo este trabajo: el de pasar y repasar por temas y por nombres de la poesía de todos los tiempos —sobre los que tanto se ha dicho y escrito— dando una nueva y original perspectiva de cada uno (...) Escrito el libro con pasión y feracidad de poema, tienen estos ensayos la virtud de arrastrar al lector a través de una continua y casi alucinante llamarada. A la serenidad ha conquistado la pasión, y los poetas, más que estudiados, son sometidos de nuevo a una nueva clase de poesía, la que el autor ha inventado para establecer diálogo con ellos. Así José Lezama Lima ha conseguido en este libro esa cosa tan difícil para el escritor plural, no traicionarse al cambiar de género, mantenerse en olor de poesía teniendo entre sus manos la labor difícilísima y siempre marginal de la crítica».

En el recuerdo de Lezama Lima de los intelectuales españoles desterrados en Cuba, está también el de quien, no obstante no ser ni un poeta ni un literato propiamente dicho, siempre estuvo —seguramente por su profesión indagadora de los arcanos del alma humana— muy cerca de los creadores y de la creación artística: el ya mencionado Gustavo Pittaluga, autor de un excelente libro que le publicó el Fondo de Cultura Económica de México en su colección Breviarios, *Temperamento, carácter y personalidad*.

En la memoria de Lezama Lima:

«El doctor Pittaluga también fue un gran amigo de todos nosotros. Fue un caballero y un sabio. Supo llevar su destierro con gran dignidad. A veces se reunía con nosotros y nos hablaba de sus viajes, de sus expediciones científicas. Era un estilo viviente, sabía citar a un clásico o fumarse un tabaco en una forma incomparable».

Significación cubana de Juan Ramón Jiménez

Pero de toda la intelectualidad española del exilio o del destierro (palabra que es más entrañable por la carga afectiva que posee), quien mayor significación tuvo en la vida literaria de Cuba en esos años de la diáspora peninsular, fue Juan Ramón Jiménez, quien caló más hondo que en nadie en José Lezama Lima y, en general, en el grupo Orígenes.

Eugenia Neves, en la citada entrevista, pregunta a Lezama: «¿Podría relatarnos algunos de los momentos más importantes de su vida?»

Y Lezama responde sin vacilar:

Mi amistad con el poeta Juan Ramón Jiménez cuando visitó La Habana en 1936.

Dos estudiosos de la obra de Lezama Lima, Armando Álvarez Bravo y Cintio Vitier, ven también en este acontecimiento un punto cenital, o una suerte de eje que va a determinar la trayectoria poética de Lezama, esto es, toda su creación posterior, incluyendo su prosa que, como hemos visto, en el decir de Cernuda, «corren paralelos» expresando un mismo pensamiento. En su prólogo a *Órbita de Lezama*, Álvarez Bravo afirma:

La llegada de 1936, y con ella la del poeta Juan Ramón Jiménez, es para él un sésamo ábrete. Los jóvenes buscan al que consideran maestro, ven en su figura venerable el fin de una anquilosada vida intelectual. Entre ellos está Lezama Lima, que redacta un «Coloquio con Juan Ramón Jiménez» (1937), donde se plantean los temas del insularismo y la peculiar sensibilidad de las islas.

Dejando para más adelante el testimonio y el juicio de Vitier, regresemos al relato de Lezama sobre la presencia de Juan Ramón en Cuba:

»Ya para 1936 —ha dicho— conocimos a Juan Ramón Jiménez. A él le debo las cordiales frases que me dedica al final de mi «Coloquio». Yo le había entregado mi «Coloquio» para que lo leyera, y cuando él me lo devolvió había añadido el párrafo final, aquel que dice: 'Con usted, amigo Lezama, tan despierto, tan ávido, tan lleno, se puede seguir hablando de poesía siempre, sin agotamiento ni cansancio, aunque no entendamos a veces su abundante noción ni su expresión barbotante.'

»Colaboró Juan Ramón en todas las revistas que hicimos y hasta el final nos acompañó con sus consejos, con su ejemplo, con su poesía.

»Juan Ramón se marchó de Cuba en 1939, pero la amistad con Lezama continuó intacta a través de los años y la distancia. Tan es así que más de una década después de su partida, Lezama le escribe a Puerto Rico, en cuya universidad enseña Juan Ramón, una carta conmovedora de la cual extraemos estos fragmentos.

»(...) recordamos siempre su estancia entre nosotros, con la posibilidad de un sobresalto o la más denominada exquisitez de una visita que nos otorgaba. Siempre me parece que está cerca de mí, pues aquél que en la soledad de la adolescencia nos regaló con su compañía, le seguimos siempre descubriendo así, mezcla de amistosa exigencia para lo mejor nuestro, y ámbito para esa desazón que produce todo trabajo de expresión.

»A través de los años he procurado mantener la fidelidad a mi vocación, a mi trabajo. De esa manera yo creo que sigo ganando la dignidad que fue para mí haberlo cono-

cido. Y siempre en la marcha de mi trabajo pienso en Vd., en lo necesario de su compañía y en su esencial compañía poética».

Vicente Aleixandre

Tal devoción hacia Juan Ramón llevaría, como se sabe, a incluir en las páginas de *Orígenes* una diatriba del poeta andaluz contra Vicente Aleixandre, que como es lógico disgustó mucho al atacado. Fue el principio del fin de la revista, pues su mecenas, José Rodríguez Feo, quiso que Lezama publicase una aclaración diciendo que él, Feo, desconocía el escrito de Juan Ramón, esto es, que no se le había consultado su publicación. Lezama calificó esta explicación de «patraña» y repudió la exigencia. Entonces el señor Rodríguez Feo, «con todos sus millones» (Lezama), dejó de sufragarla. De su magro bolsillo, y por la generosidad de algunos amigos, Lezama siguió editando *Orígenes* durante tres años más, hasta 1957.

No había razón ninguna para un distanciamiento entre Lezama y Aleixandre, pues éste estimaba muchísimo la poesía de Lezama como lo revela esta carta suya de 1950, en la que no escatima alabanzas para el poeta antillano:

«(...) ¡Qué poesía entrañada, ahondadora la de Vd.! —le dice—. Poesía que cava en el alma y quiere zahondar las últimas revelaciones, estableciendo ante los ojos del lector las más radicales relaciones, las que resuelven en descubierto esa misteriosa unidad que sólo el poeta profundizador conoce».

Asimismo, la carta pone de manifiesto su entusiasmo por publicar en *Orígenes*:

«Colaboro en la revista con alegría y verme entre ustedes será en cierto modo como si yo personalmente fuese a La Habana y me moviese una temporada en el ámbito de Vds., cosa que con tanto gusto realizaría».

No se podía insinuar de manera más candorosa y sincera su deseo de viajar a Cuba, de que se le invitase a conocer la isla.

La poesía cubana en 1936

Pero hay que volver a Juan Ramón, pues la importancia de su paso por Cuba no se circunscribe al estímulo y magisterio que ejerció sobre Lezama, sino que su radio es mucho mayor.

Nos cuenta Cintio Vitier en el prólogo al folleto *Juan Ramón Jiménez en Cuba*:

Juan Ramón Jiménez llegó a Cuba, acompañado de su esposa, Zenobia Camprubí, en noviembre de 1936. Llegaba invitado por la Institución Hispanocubana de Cultura, que presidía Fernando Ortiz, a pronunciar unas conferencias. Su estancia en La Habana se prolongó, con los intervalos de dos viajes a los EE.UU., hasta enero de 1939. Durante esos años realizó actividades importantes para el desarrollo de nuestra cultura, que no han sido reflejadas cabalmente en los estudios de su obra y que la juventud cubana actual en su mayoría desconoce.

Aparte de las conferencias que Juan Ramón pronunciara en la Hispanocubana de Cultura —cuyos temas fueron «El espíritu en la poesía española contemporánea», «El trabajo gustoso» y «Evocación de Valle-Inclán»—, fue uno de los impulsores del Festi-

val de la Poesía Cubana, del cual surgiría una antología de poetas cubanos cuyas composiciones él mismo seleccionaría y prologaría; sus actividades, en el decir de Vitier, comprendieron «una memorable lectura por radio, prólogos, semblanzas, entrevistas, colaboraciones y la relación personal con poetas de diversas edades.» Debido a todo esto: «En torno a él se creó un clima de fervor poético». Conmovidamente, Vitier resume su evocación de entonces como «un momento fecundo de nuestro proceso cultural y especialmente poético, henchido de encanto, lecciones y esperanzas para los que entonces éramos más jóvenes, que dejó una huella indudable en la historia de la sensibilidad cubana».

Recíprocamente, Juan Ramón también fue en cierto modo tocado por esa sensibilidad cubana a pesar de que los jóvenes poetas que lo entornaron —y que en su mayoría integrarían más tarde el grupo Orígenes— eran aún poetas en ciernes, con más fervor poético que obra realizada. No obstante, tres meses después de su arribo a la isla, Juan Ramón se dio cuenta de que, siquiera en embrión, la poesía cubana mostraba signos llamativos y así lo reconoció en una conferencia que dio en febrero de 1937:

«Es evidente —dijo—, y yo que lo había entrevistado de lejos, lo he visto ahora de cerca, que Cuba empieza a tocar lo universal (es decir, lo íntimo), por los caminos ciertos y con plenitud, desde sí misma».

Aunque un tanto más retóricamente, criterio semejante expresaría en la introducción que escribiera para el citado libro, *La poesía cubana en 1936*, que él no llamaba antología sino «granero», y que empleando este término críticos de entonces pensaron —y el tiempo les dio la razón— que precisaba de mayor criba, pues entre el grano legítimo que allí había se deslizó también paja. En fin, Juan Ramón volvió a puntualizar sobre la poesía cubana:

«Me toca ser, en estos 1936-1937, el testigo amoroso de la opulenta flor poética que se está logrando por lado diverso en auténtico fruto».

Anagnórisis de Cuba y de Martí

En otro aspecto, como ha precisado Aurora de Albornoz, Juan Ramón fue «un portavoz de la España democrática» —desde La Habana y desde cualquier otro país de América donde estuvo y logró hacerse oír. Pero supo separar muy bien su pasión civil del uso espúreo del verso en funciones que no le corresponden, y, saliendo al paso a sutiles manipulaciones partidistas, lo dejó sentado en su disertación «Política poética», dada en la *Hispanocubana de Cultura*. Allí dijo meridianamente para el que quería entender:

Claro está que la poesía no será nunca, por ejemplo, letra de música de tal odioso himno colectivo, antipática invitación al juego o al trabajo.

No hay que olvidar que eran años en que la influencia de la revolución rusa era muy grande y que en España el Partido Comunista intentaba a toda costa capitalizar la lucha republicana. Hasta en esto, en su apreciación de la cultura desde un costado político, fue Juan Ramón fraterno con Lezama, pues éste explicaría también alguna vez:

En la integración de lo histórico se dan muchas paradojas, y lo que nos parece muy revolucionario hoy, mañana nos parece una reacción. Pienso, por ejemplo, en Stalin.

Es casi un tópico el parentesco entre las tierras andaluzas y Cuba; pero Juan Ramón experimentó esta similitud como algo consanguíneo, como algo latente en él de muy antiguo, como una imaginación que se sabe real. Por lo menos esto es lo que se desprende de la iluminada semblanza que hace de La Habana.

La Habana está en mi imaginación y mi anhelo andaluces desde niño. Mucha Habana había en Moguer, en Huelva, en Cádiz, en Sevilla. ¡Cuántas veces, en todas mis vidas, con motivos gratos o lamentables, pacíficos o absurdos, he pensado profundamente en La Habana, en Cuba! La extensa realidad ha superado el total de mis sueños y mis pensamientos; aunque, como otras veces al «conocer» una ciudad, la ciudad presente me haya vuelto al revés su imagen de ausencia y se hayan quedado las dos luchando en mi cámara oscura. Mi nueva visión de La Habana, de la Cuba que he tocado, su existencia vista, quedan ya incorporadas a lo mejor del tesoro de mi memoria.

Junto con la anagnórisis de Cuba se produce también en Juan Ramón una fulgurante revelación: la de José Martí. Seguramente lo conocía, sabía quién era de antes; pero superficialmente. Ahora aquí, en Cuba, profundiza en su obra y en su vida y queda deslumbrado. Se da cuenta de que está ante una presencia extraordinaria y no puede evitar que al hablar de él la palabra se le torne homenaje:

Hasta Cuba, no me había dado cuenta exacta de José Martí. El campo, el fondo. El hombre sin fondo suyo o nuestro, pero con él en él, no es hombre real.

E identificando telúricamente a Martí con su patria:

Y por esta Cuba verde, azul y gris, de sol, agua o ciclón, palmera en soledad abierta o en apretado oasis, arena clara, pobres pinillos, llano, viento, manigua, valle, colina, brisa, bahía o monte, tan llenos todos del Martí sucesivo, he encontrado al Martí de los libros suyos...

Y el poeta desterrado no olvida que está hablando de otro poeta cuya vida fue un perenne destierro, que identificó la dignidad y el bien con la libertad del hombre y concretamente con la independencia de su país, un poeta que en el sacrificio halló la realización plena de su existencia. Y dice Juan Ramón casi entonando un himno:

...héroe más que ninguno de la vida y la muerte, ya que defendía «exquisitamente», con su vida superior de poeta que se inmolaba, su tierra, su mujer y su pueblo.

Tierra, mujer —en su sentido materno de regazo y seno— y pueblo que fue Cuba para decenas de intelectuales españoles aventados por la tragedia de su país, como antes lo había sido para miles de emigrados que pisaron este suelo en el que tenían tantas raíces en busca de una nueva vida.

César Leante

